

CHAVALONGO

CUENTOS - LEYENDAS - POEMAS

Autores:

Manuel Tapia Becerra

Antonio Cárdenas T.

Ana Aranda G.

Lía Castro

Manuel Barros

Alejandro Alarcón



Ediciones "Oscar Castro"
Rancagua

CHAVALONGO

1973



EDITORIAL BRECHA

(c) **Manuel Tapia Becerra**
António Cárdenas T.
Ana Aranda
Lía Castro
Manuel Barros
Alejandro Alarcón

Inscripción N.º **41.544**

Impreso en los Talleres "Fournier"
Bueras 119
Rancagua - 1973

P R E F A C I O

NUESTRO OBJETIVO

La razón de este modesto opúsculo no es otra que presentar un cordial saludo al Grupo Cultural y Artístico "MAPU", que el día 20 del presente mes de Mayo cumpliera 20 años de vida al servicio de la cultura en Santiago de Chile.

Y deseamos ardientemente que nuestro saludo provinciano llegue a todos y a cada uno de los integrantes de "MAPU" con nuestras más cordiales y sinceras felicitaciones, y con nuestros mejores deseos de éxitos en el futuro de la institución "mapuche".

¡20 años de lucha, de sacrificios y de quijotismo!

Sí, de quijotismo, que no otra cosa significa en Chile mantener vivo el fuego del arte y de la literatura, en medios huérfanos del apoyo oficialista y del aliento o comprensión de la sociedad en la cual se actúa.

Más aún, cuando la existencia de una entidad cultural rebasa los 20 años.

Hemos sido dirigentes de grupos culturales en provincias y continuamos siéndolo. Y acá hemos aprendido lo amargo del oficio. Muchas veces, estoicamente, bebimos las amarguras de la incomprensión y de la ingratitude, oficial o privada, sin recibir siquiera la oportuna palabra de aliento, que tanto fortifica. Sin embargo, quijotes al fin, seguimos adelante, comprendiendo que, triunfos o fracasos, desalientos o incomprensiones nada importan para las almas templadas en la llama inextinguible que dejara encendida en el mundo el genio incomparable de Don Quijote de La Mancha.

Muchos grupos culturales, como "MAPU", hoy diseminados a lo largo y ancho de Chile, están sembrando, alucinados, la semilla del arte y de la literatura sin pensar, absolutamente, en compensaciones de ninguna especie. Llámense "Paytanás", "Carlos Mondaca", "Temporal", "Los Inútiles", "Los Afines", "Trilce", "Ateneo Temuco" ó "Ateneo Oscar Castro", para nombrar sólo algunos, pero todos ellos están alimentados por una fuerte dosis de quijotismo, elemento fundamental para sus realizaciones.

Nosotros provincianos, continuamos cabalgando nuestros "Rocinantes", lanza en ristre y calado el "Yelmo de Mambrino", como cumplidos caballeros de nuestros ideales, por los bucólicos caminos de Rancagua, en defensa de aquella hermosa e inmortal locura cervantina.

Y desde esta nuestra ínsula "Barataria", vaya este manojo de "Chavalongos" hasta el pecho palpitante de ideales del Grupo "MAPU", hoy que su vida literaria y artística ha rebasado los 20 años.

ATENEO "OSCAR CASTRO"

Manuel Tapia Becerra nació en Villarrica; estudió humanidades en el Liceo de Temuco y Victoria. Profesor primario rural en Pucón, agricultor en Villarrica y diversas otras actividades anexas.

Actualmente Agente Comercial en Rancagua y Presidente del Ateneo "Oscar Castro" en dicha ciudad.

Numerosa producción literaria inédita.

CHAVALONGO

Cuento pueblerino
por Manuel Tapia B.

Ruperto era un buen hombre y la pequeña aldea en que siempre vivió, así lo consideraba.

Ruperto todo lo sabía, y todo entraba en sus actividades «profesionales» como él pomposamente lo decía.

—«Soy un profesional honrado» decía, cada vez que entregaba un trabajo o cuando hacía un favor, que nunca cobraba.

Su principal «profesión» era la de zapatero, ya que ésta era la única que le daba el sustento, la única por la cual cobraba. Hacía zapatos de medida y reparaba calzado viejo, que dejaba como nuevo. Si un cliente o amigo necesitaba un par de zapatos nuevos en calidad de urgentes, los hacía esa misma noche, no acostándose antes de tenerlos terminados. Pero no trabajaba solamente en calzado; pues si alguien lo apremiaba por un vestón o un par de pantalones, rápida-

mente los confeccionaba, como no lo habría hecho el mejor de los sastres.

«La profesión de sastre no me gusta», decía a veces. Deja dinero, pero no tengo yo tanto tiempo y sería una competencia desleal para con los sastres de la ciudad. Yo no tengo patente de sastrería.

Lo que más agradaba a Ruperto era el trabajo de «mandadero», que lo hacía con gusto y desinteresadamente, sin cobrar por estas diligencias ni un solo centavo. «Me gusta servir a la gente, decía, y mucho más cuando me dicen «gracias, don Ruperto».

Tampoco cobraba por la «medicina», pues según él, era «Doctor».

Siempre decía que él sabía mucho más de estas cosas que el boticario del pueblo y que la monjita del convento. Y en esta disciplina Ruperto era cosa seria. Decía que había trabajado junto al Padre Tadeo, que era su amigo. A veces sanaba enfermos graves en un par de días o en pocas horas. De todas maneras sus remedios, si no hacían bien al enfermo, tampoco le hacían mal y en esta filosofía descansaba su «calidad de doctor».

Muy versado en «literatura», varias veces le torció la mano al maestro de la escuela sobre obras de moda en aquellos años como «Maldito sea el Amor», «El Caballero Audaz» o «Carlomagno». Siempre con un libro romántico en el bolsillo, daba a sus contertulios clases magistrales sobre el amor o sobre ciencias ocultas, o magias de todos sus colores, ya en los velorios, ya en las fiestas de fin de cosecha u otras reuniones populares. Su frase de rigor en todo funeral era esta: «Si el finado se hubiese puesto en mis manos no hubiese fallecido a tan temprana edad».

Discurseando sobre su pueblo, solía decir: «Este pueblito, con el tiempo será una gran ciudad turística, donde los gringos y los dólares harán nata». «Ya lo

verán»—. Y cuanta razón le asistía a aquel loco puerlerino de Ruperto.

Pero Ruperto era más conocido en el pueblo por el apodo de «Chavalongo» porque, según él, todas las enfermedades empezaban por un chavalongo «mal cuidado».

«El Chavalongo», decía Ruperto, es una fiebre muy fuerte que se cura únicamente con yerbas y frutas del campo. Las boticas no tienen remedios para el chavalongo y los doctores «estudiados» no lo conocen. Le han puesto nombres gringos antojadizos. Le dicen «ti...fus...». Y desfiguraba la voz sarcásticamente, estirando las sílabas y desorbitando los ojos. «No se atreven con él y por eso ni lo nombran. La palabra «chavalongo» los asusta, por dos razones: porque no saben curarlo y porque les recuerda la cantidad de enfermos que se les han «ido». Menos mal que en este pueblo no hay de estas gentes que matan a los enfermos en vez de curarlos. El boticario no tiene culpa, porque los remedios que vende no los hace él, se los mandan hechos los gringos de otras naciones. La monjita del convento, sabe mucho de curar heridas malas y vacunar contra viruela, pero... de Chavalongos, nadie sabe tanto como Ruperto», y se golpeaba el pecho con la palma de su mano, varias veces consecutivas.

Yo recuerdo a «Chavalongo» con mucho cariño. El siempre estaba en las mañanas junto a los grandes lodazales de las calles, cuando estas eran inundadas por las lluvias del invierno. Descalzo y con los pantalones remangados pasaba a todos los chiquillos escolares hasta dejarlos en tierra seca.

Si la señora jefe del correo estaba en misa y se descargaba un chubasco, Chavalongo volaba con los zuecos y el paraguas de la señora «jefa». Otro tanto solía hacer en favor del señor boticario, cuando éste olvidaba su manta de castilla.

Pero lo más notable en Chavalongo, eran las medicinas con que curaba a sus enfermos; todas a base de yerbas del campo, que siempre mantuvo en secreto y que en muchas oportunidades obraron en forma positiva. Pomadas y «tomas» maravillosas eran la razón de su «prestigio» de «doctor», pero él basaba sus «éxitos profesionales» en una panacea hecha a base de infusiones vegetales muy secretas, que denominaba «El Bál-samo de Fierabrás» ante el cual cedían las herida más infectadas o las enfermedades más rebeldes, especialmente el «chavalongo entripado».

Un día «Chavalongo», después de una semana de velorios y bautizos seguidos, con sus correspondientes trasnochadas, comilonas y tomateras, de regreso a su cuarto, lo venció el sueño y cayó pesadamente en la acera, donde se durmió profundamente. No despertó ni al medio día, continuando su inconsciente siesta hasta las cuatro de la tarde de un día de enero, con un ardiente sol en todo su apogeo. Allí lo cogió una insolación tan fuerte, que a duras penas pudo levantarse y llegar hasta su cuarto. Se sintió tan derrotado que sólo atinó a llamar a su amigo el boticario, quien corrió hasta el cuarto de Ruperto, por el que sentía un verdadero afecto, encontrándolo, con un tifus intestinal terrible y una insolación indiscutible, a causa del alcohol y el exceso de comestibles de todo tipo que, a través de tres velorios y dos bautizos había ingerido sin reposo. Ambos se miraron profundamente por unos minutos y comprendieron lo inútil de cualquier empeño.

Ruperto, en palabras entrecortadas y convulsa^s atinó a decir: Ahí... señor... boticario... en e...se tarro... están... las yer...bitas. Esto... ..no es... más que... un cha--va--lon--go. Prepáreme... el bál...sa... mo de Fie... ..rab..... Y Chavalongo entregaba en ese mismo momento su alma. Nunca se supo si a Dios o al diablo, pero estaba definitivamente muerto.

La monjita del convento que también llegó hasta el cuarto de Chavalongo, manifestó su incapacidad, pues el finado nunca había dado a conocer la fórmula del bálsamo. «Que el Señor te haya acogido en su seno, Chavalongo», musitó, tras una corta pero ferviente oración.

—«Te llevaste tu secreto, Chavalongo», dijo el boticario, de mal talante, por eso no nos fue posible salvarte la vida».

Y todo el vecindario se dio a la tarea de organizar los más solemnes y sinceros funerales conocidos en la aldea, por el bien del alma del «Doctor» «Chavalongo».

Antonio Cárdenas Tabies, nació en la provincia de Chiloé; profesor primario egresado de la Escuela Normal "J. Abelardo Núñez" de Santiago.

Poeta, escritor y periodista, ha publicado 5 libros costumbristas sobre su provincia. Recientemente viajó a la Isla de Pascua, en misión cultural, y próximamente aparecerá un libro sobre esta lejana posesión chilena titulado "Gigantes del Silencio". (Reportaje a Rapa-Nui).

MANUTARA, PAJARO DE LA SUERTE

Leyenda pascuense

Por Antonio Cárdenas Tabies.

La sacerdotisa Hitu vivía cerca del templo de Vaihú. Era respetada por los habitantes de la isla por sus acertadas predicciones y su vida íntegra consagrada a la honra de los dioses. Una noche se durmió profundamente y soñó que viajaba a una isla desierta donde había un gran peñasco y que al llegar a él se abriría de par en par y entraba a un amplio salón; en el que veía otra roca más pequeña que tenía los colores del arcoiris y sobre ella había una calavera que daba órdenes al género humano. Ella quedó sorprendida. Cuando se hubo acercado, la calavera le preguntó:

—¿De qué país vienes?

La mujer le contestó:

—Vengo de una isla que se llama «Te pito-te Henúa». En mi patria la tierra es poco fértil, no produce y mi pueblo tiene hambre.

En ese preciso instante despertó.

Las primeras luces del alba empezaban a entrar descolgándose por la puerta de piedra que era el único orificio de la casa donde vivía.

Se levantó y fue al templo cerca de la playa. ¡Oh, sorpresa! Sobre una alta roca estaba la calavera que había visto en su sueño en aquella isla lejana. De inmediato la adoró y le suplicó que multiplicara todas las siembras y los árboles dieran más frutos. Sopló un fuerte viento y vino una ola gigantesca y se la llevó. Ella se lanzó al mar para rescatarla. El cráneo siguió avanzando sobre las aguas y la mujer por más que nadaba no lo podía alcanzar. No supo cuanto tiempo permaneció en el mar, hasta que ambas llegaron a los islotes «Motu Motiro Hiva».

Al salir del agua la mujer, desapareció el cráneo. En ese mismo instante se le apareció un hombrecillo de verdosa transparencia.

—¿De dónde vienes?—consultó éste.

La sacerdotisa le contestó:

—Vengo de un país que se llama «Te pito-te Henúa» en busca del cráneo que me arrebató una ola.

El Ser le dijo:

—Ese cráneo es el Dios Make-Make, el creador de la especie humana y vive en esa roca alta. Yo soy Haúa, el creador de las aves. Tú debes permanecer algún tiempo aquí para que aprendas algunas cosas y cuando vuelvas a la isla reveles nuestros nombres a tus hermanos y los instruyas de cómo deben servirnos. A cambio de ello le daremos comida a tu pueblo.

Ella se inclinó reverente ante la presencia de aquel Dios y éste desapareció envuelto entre la bruma. Caminó hasta el peñasco y se inclinó ante el templo de piedra en que habitaba Make-Make y pronunció algunas palabras, con que se adora a los seres divinos, que había aprendido en la lectura de los «rongo-rongos».

Esa misma noche el Dios Make-Make le habló a su compañero Haúa:

—¿Qué te parece, si enviamos a los manutaras a «Te pito-te Henúa»?.

—De acuerdo—contestó Haúa.

La sacerdotisa partió a su tierra. Cuando llegó reveló a los nativos los nombres de los dioses que los protegerían y los ritos que debían practicar para honrarlos.

Esperaron algunas semanas la venida de los pájaros, pero éstos no llegaban. Un día aparecieron en el horizonte en un ensordecedor griterío formando escuadras que luego deshicieron para posarse en Anakena, lugar donde anidaron. Llegaron los hombres y se comieron los huevos. Los manutaras volvieron donde su Dios Haúa a darle cuenta de lo ocurrido. Entonces, los envió a otro lugar de la isla donde los hombres volvieron a comerse los huevos. Haúa se enojó y no quiso enviar más a los pájaros hasta no conversar de nuevo con su Dios compañero.

Cuando, luego, se entrevistaron ambas divinidades, Make—Make le contó a Haúa que había un lugar donde los nativos no podrían llegar tan fácilmente; sólo podrían hacerlo unos pocos y de esta manera no podrían exterminar los huevos, ni las aves. Es el islote Motu—Nui, separado por un proceloso brazo de mar y que frecuentemente es visitado por peces voladores con los cuales se alimentarán los manutaras. Llegar hasta allí será una proeza. En esta forma se podrá dar huevos durante algunos meses y conservar las aves.

Viendo Haúa que la proposición era buena, accedió y envió a los manutaras al islote.

La sacerdotisa tuvo una revelación mientras dormía y apenas despertó corrió donde el Rey Hotumatua a contarle la manifestación divina.

Al interpretarla, se dieron cuenta que corrían el peligro de quedarse sin aves, porque los isleños seguían comiéndose los huevos y que ahora los pájaros anidaban cerca de Orongo, en el peñón de Motu-Nui. El Rey, después de pensar algunos días, ordenó celebrar la fiesta del «Hombre-Pájaro» y estableció la competencia de la traída del primer huevo. La ceremonia se haría una vez al año y serviría para elegir al jefe de la isla. En esta forma conservarían las aves marinas y se surtirían de cierta cantidad de huevos.

Así se hizo, y desde ese día se empezó a construir la ciudad de Orongo con casas hechas de planchas de piedras para las ceremonias que se celebrarían anualmente, frente a Motu-Nui.

Un mes antes de la gran hazaña empezaban las ceremonias. Allí se juntaban todos los jefes de los grupos de la isla. Cada jefe tenía personas entrenadas para nadar; era una especie de campeonato y en una fecha determinada todos estos atletas pasaban desde Orongo atravesando el brazo de mar revuelto a causa de los fuertes vientos, al islote donde esperaban la llegada de los pájaros.

La espera la hacían en las casas de piedra. Las mujeres llevaban los alimentos. Los hombres no trabajaban durante el mes de espera.

En la cumbre del volcán Rano-Kau se encendía una hoguera. Allí se juntaban hombres y mujeres, más los jefes, los matatoa, que eran aspirantes a Tangata-Manu y sus servidores. Pasaban entre abundantes comidas, cantos y danzas hasta que llegaba el Ariki-Henúa el cual daba la orden de trasladarse a Motu-Nui. Entonces bajaban el barranco y repetían una letanía en su propio idioma pascuense y luego pasaban a nado el islote para esperar el primer huevo del Manu-Tara, mientras en Orongo continuaban las fiestas en honor a los dioses Make-Make y Haúa.

Un hombre quedaba bajo el barranco, a la orilla del mar, atento al primer grito que debía venir desde el islote. El afortunado que encontraba el primer huevo anunciaba su hallazgo gritando: "Kavaru te Puoko" (cór-tate el pelo). En seguida se lanzaba al mar con el sagrado huevo que traía en un canastillo y subía trepando hasta Orongo donde entregaba el huevo al jefe de su tribu y que adquiría el poder de «Tangata-Manu». De inmediato designaba a dos o tres individuos de otras tribus que debían ser inmolados. Siempre esta elección producía contrariedades y a veces estallaba hasta la guerra. Luego de esta ceremonia, empezaba la marcha triunfal por sus súbditos, cantando y danzando, mientras él llevaba en alto el huevo, recorrido que hacían desde Orongo hasta el volcán Rano-Raraku por la costa hasta que llegaba a su residencia que estaba en la falda del mismo. En la parte alta de su pieza colgaba el huevo envuelto en una «tapa» hecha de corteza de árbol. En otra pieza habitaba un indígena que le servía de criado. Durante seis meses no podía ver a nadie y sólo por un boquete le pasaban los alimentos que recibía con la mano izquierda, ya que con la otra sostenía el huevo.

El «Tangata-Manu» duraba un año en su mando, pero continuaba reinando siempre que uno de su propio clan volviera a coger el primer huevo nuevamente; de lo contrario, era sucedido por otro. Si un «Tangata-Manu» moría durante su reinado, era sepultado con su huevo envuelto en lanzas de obsidiana. Mientras el «Hombre - Pájaro» vivía convertido en Dios, las aves ponían huevos en cantidades fabulosas que los nativos consumían. En el mes de Julio partían las golondrinas de la isla para volver nuevamente en Septiembre.

Para los nativos era el «Hombre - Pájaro» convertido en Dios por el poder de Haúa (Dios de las aves) el que hacía poner a los pájaros, y las traía hasta este lugar que consideraban sagrado.

En los peñascos de Orongo quedaron impresos los «Tangata-Manu» y la roca en que anidaban los pájaros no es otra que uno de los hijos del rey «Te-Taagna» que desapareció un día en el mar y que aquí permanece encantado.

NOCHE EN ALGARROBO

....."¡Ah, quien fuera omnipresente
como Dios, para ver cómo es el
mundo cuando no estamos ahí!"
Benjamín Subercaseaux.

Cabalgando en el torso de las olas
amasadas en yodo y en salmuera,
llegan mensajes de ignoradas islas
en la valija azul de las mareas.
Sobre una roca tibia en Algarrobo
he despedido al sol. El horizonte
que se cae en el mar, se ha vuelto rojo,
transmutando el océano en diamante.

El cosmos infinito ha florecido
un crepúsculo fuego. Las gaviotas
ahíftas esta tarde se han ido
y la mar se ha hecho música, en sus líquidas notas.

Las olas llegan en tropel, gigantes,
como suicidas locos y furiosos.

Dejan
sobre la playa o en las rocas
sus mensajes de espuma.

Vuelan
como alas de albatroses destrozadas.

Crujen
como bajels rotos y vencidos.
Lloran
como mujeres vírgenes violadas,
y dejan
su mensaje atardecido de sal inmaculada.

Cantan, crujen, vuelan, lloran y se van,
en función infinita de nacer y morir;
bramar con rabia y horadar la roca;
destruirse otra vez.

Dejar su mensaje de océano en la arena;
tatuarse la roca inmovible y volver a morir;
hablar el Esperanto universal; escribir
el idioma del viento y de los pájaros;
aullar, nacer, morir, tatuarse, cantar,
volver a nacer y volver a morir;
reencarnarse en otra y volver a nacer.

Viento, brisa, yodo, sal.....
mil mensajes escritos en mil olas del mar;
mensajes esotéricos y absurdos
que no llego a entender.....

En la playa la arena,
en la arena la luna
haciendo su strip tease.
Jeroglíficos blancos en la arena del mar.
Mil mensajes cifrados en mil páginas blancas
que llegan y se van.
Mensajes de gaviotas, de albatroses heroicos;
mensajes de la luna, de la aurora y del sol.
Mensajes de las olas que a mis pies se suicidan
haciendo polvo su alma de lejanía y sal.....

La luna está rielando en mi noche insensata
y las olas agitan sus túnicas de plata.....

Silente y ondulante avanza suavemente
una ola gigante, hasta lamer mi frente.
Y me cantó al oído, muriendo en el granito;
pero besó mi boca bajo el cielo infinito,
dejándome un mensaje de armonía y de luz
en el claro lenguaje de aquella noche azul.

....Y Algarrobo se yergue esplendorosa
sobre su escarpa verde. Quedante,
sobre la arena en flor de acero y rosa,
bordó la luna su mejor creciente.

¡QUIEN PUDIERA!...

¡Quién pudiera ser ave campestre,
mariposa, o abeja, o espiga;
florecer como un lirio silvestre
y procrear sin pesar ni fatiga!
Ser la cúpula blanca del ulmo
o la miel del panal ambarino;
ser la flauta afinada del tordo
o el fru-frú resinoso del pino.

Ser el rayo dorado en el agua
o el rubor de la Aurora en la sierra;
ser la brisa jugando en el lago
o la ciencia senil de la piedra.
Ser el ala ligera del pájaro
que barniza su pluma en el aura,
o la luz cantarina del astro
que abrillanta el rocío del alba.

Ser el corno del rubio abejorro
o el timón de la azul golondrina;

ser la cítara audaz del jilguero
o el ballet majestuoso del cisne.
Ser, en fin, como el pámpano fino
de la bíblica vid milenaria;
ser la música alada del viento,
ser el alma sensible del agua.

Y ser puro, cual límpido pétalo
de bucólica y frágil anémona;
mantener una alondra en el pecho
y llevar una flor en la idea.
Encontrar alimento en el fruto
de silvestres arbustos fragantes;
y sembrar la simiente en el surco
y soñar e-pigando ideales.

JILGUEROS

(Soneto de pluma y trino)

Menudo pentagrama tu garganta,
caramillo prendido de una rama;
tu música silvestre se derrama
con la gloria del sol, que se levanta.

Hay en tus dulces trinos gracia tanta,
que diríase Euterpe soberana,
vestida con el tul de la mañana,
que abrazada a Polimnia ríe y canta.

Dulce caja de música bucólica,
compuesta en pauta mágica y eólica
sobre la etérea claridad del día.

Tenéis la excelsitud de los conciertos,
si en bandadas trináis entre los huertos
con esa musical algarabía.

ALBORADA

(Soneto bohemio)

¿Sientes como se acerca la alborada
en su carro de albas y luceros,
y como vuela el aura perfumada
de salvias arrayanes y romeros?

¿Sientes como los grillos nocheriegos
abandonan su ausente sinfonía
y como la canción de los labriegos
se hace luz, oración y poesía?

¿Sientes como la noche se hace un verso,
y como va puliendo el universo
con sus cien esfuminos la alborada?

¿Y sientes como en el brillo de la aurora
va engarzando su trino una canora
y su llanto una estrella descarriada?

¿OYES?

(Soneto cósmico)

¿Oyes la sinfonía de los mundos
en el concierto azul del Universo,
y los espasmos tiernos y fecundos
en los cálices vírgenes y tersos?

¿Oyes cuando se inquietan los luceros
y le cantan a Venus o a Selene?
¿Cuando asciende el vilano en los oteros
al romperse el sedal que lo sostiene?

¿Oyes el susurrar de las estrellas
en su cósmico oratorio de doncellas
cuando hacen su oración las nebulosas?

¿Y oyes cuando germinan las semillas?
¿Cuando alzan su oración las avecillas,
o cuando hablan de amor las mariposas?

MI AMIGO

(Soneto a un peón de fundo)

Con mi amigo charlaban los luceros
en las albas doradas del estío.
Sus pies eran dos nardos de rocío
en la idílica paz de los potreros.

Sus pupilas labraron mil senderos
en el azul granito del vacío
y, en su rural y cándido albedrío,
hizo de las estrellas, pebeteros.

Tuvo su predio en el cenit lejano,
que a diario recorrió en dementes trancos
siempre observando el germinar del grano.

Un día se fue arando hacia el Arcano,
junto a una yunta de jacintos blancos
y una manquera azul en cada mano.

Poemas - Ana Aranda G.

Ana Aranda González, profesora normalista, directora de la Escuela superior de niñas, de la ciudad de Rengo. Como poetisa mantiene gran cantidad de poemas inéditos, varios de ellos publicados en diarios y revistas del país.

(Homenaje a la Planta de Acero "Indac" de Rengo en construcción).

ROMANCE DEL ACERO

Fiesta del Acero
fraguado en los Hornos.
Dulce clarinada
de nuestra ciudad.
Mano del Obrero
hermano y chileno
lavando tu polvo
negro de orfandad.

Te ví en la chatarra
de una mole inmensa
rechinando al paso
del crisol, danzar.
Eres como sangre
que corre en las venas
lánguidas e inertes
de nuestra ciudad.

Con tu empuñadura
levantada al cielo
en la noche negra
de Carbono y Hierro

veremos bengalas
salpicando el Norte,
sonar como risas
junto al trepidar.

Unanse las manos
duras del Obrero,
lanzando en sus voces
un solo cantar:
que la maquinaria
dance acompasada
del Obrero Pobre
que la va a pulsar.

Canto del Progreso,
Acero y Trabajo.
Marchando por Rengo,
Hombre y Mineral...
Todos entonemos
canto del Acero,
para nuestras gentes,
si hay Trabajo, hay Pan.

EVOCACIONES...

Al mirarme al espejo
limpio y muy azogado
el cristal me entregaba
una imagen de mí,
y al palpar mis arrugas
o mis «patas de gallo»
me asustó la papada
que me dio mi perfil.....

Eres tú, me decía,
con extraña crudeza
¡eres tú! ¡eres la misma
del espejo de ayer!
y yo incrédula a veces,
me cambiaba de espejo
pero siempre el reflejo
traicionaba mi fe.....

Cada arruga en mi rostro
me ha dejado un recuerdo
que en mi años de joven
yo no pude tener,
hoy que surca mi frente
el paso de los años
no quisiera de nuevo
ser joven otra vez.

Por cada año vivido
llené yo de alegrías
mi vida de maestra
de una Escuela de aquí.

Y junto al compañero
que hace dulce mis días
cada ensueño me vuelve
la ansiedad de vivir.

Y si por mis arrugas
y mi frente cansada
en horas de amargura
me sorprende el dolor,
el beso de mi hija
con su joven mirada
me devuelve la dicha
que me llena de amor.

¿Qué más puede a la vida
pedir mi alma madura?
he tenido lo justo,
todo se me dio al fin.
Pero si por mis canas
o por estas arrugas
me dijeran «la vieja»
no lo voy admitir.....

Llevo dentro de mi alma
todo un canto a la vida
y en cada idea nueva
nace mi juventud.....
Evocando alegrías
de los tiempos que fueron
olvido las tristezas
y vuelvo a renacer.....

LLUVIA

Imagine las poblaciones marginales.
Cuando caen las lluvias torrenciales,
que atraviesan impías mediaguas
y los viejos cartones y gangochos
en que duermen los hijos de los pobres,
sin Pan y sin Abrigo y sin Escuela.

Mañana el Sol. Un gato en las fonolas,
y humeantes los colchones en el patio,
los perros retozando y asoleándose
y las viejas lavando en las artesas,
tendiendo la pobreza en los cordeles
y espulgando a los niños la cabeza.

Pero hoy, quién les llevará una manta?
Quién curará la pulmonía de los viejos?
quién secará barriales debajo de las casas
si están todos enfermos?
Pienso y cae la lluvia en mi cerebro.
Llueve y pienso en silencio.

Pienso y caen goteras en mi tristeza.
Goteras desde el techo hasta mis ojos.
Y me avergüenzo de mi casa de cemento.
Y me ofende el calor de las estufas,
y mi casa, con sus sábanas tan blancas,
me desmorona y desconcierta el alma. .

Poemas - Manuel Barros Q.
Pastor Presbiteriano

Manuel Barros Q., nacido en Linares, estudió agricultura egresando como práctico agrícola de la Escuela Agrícola de Molina. Continuando sus estudios en Brasil, en el Seminario Teológico Presbiteriano donde se graduó de Pastor. Numerosos poemas y cuentos inéditos que un día serán publicados.

ATACAMA

Tus cerros como gigantes,
como gigantes dormidos
te dan belleza, Atacama,
con tus chañares floridos

Guanaco, cóndor y puma
guardan tus grandes riquezas
y tus desiertas llanuras
regó la sangre morena.

El sol te besa enojado
con tal ardor y fiereza
que el viento acude sanando
las heridas que él te deja.

El cielo, que te contempla,
no se olvida de tu pena;
manda de noche al rocío
mojar tu cara reseca.

También, la luna de noche
y las brillantes estrellas
te besan a cada instante
con sus caritas risueñas.

Los hombres, que tú
formastes
te han dado el brillo y la
fama,
y en los épicos combates
historia escribió tu espada.

Yo comí de tus chañares
y te amo tierra minera;
pido a Dios que en sus
Altars
tenga brillando tu estrella.

EL TEMPLO VACIO

Una golondrina formaba su nido
en el campanario de un templo vacío.
De la vieja campana se escapa un tañido
como una protesta al mundo perdido

El hombre, insensible, sigue su camino
sumido en sus sueños de Eslabón Perdido;
incógnitas varias, misterios, gemidos
pasan por la puerta del templo vacío.

No están sacerdote ni creyente, unidos
elevando preces al Dios preferido.
En el campanario terminóse el nido
y dos pichoncitos le adoran con trinos.

Las aves, los cielos, los mares y el viento
alaban gozosos al Dios que los hizo,
y el rey de los seres, el hombre engreído,
vuelve las espaldas al templo vacío.

Quizás, digan, tarde; pero aún es tiempo
de volver a El, cual pródigos hijos.
Unámonos todos, vayamos al templo
a adorar a Dios en su reino infinito.

LA LLAMADA DE LA MUERTE

Cuando sientas en tu alma mi llamada
y ya no exista yo en tu pensamiento,
oirás el rumor de las cascadas
como burla sarcástica del viento.

Llorarás, y tus lágrimas de fuego
serán como canción desesperada
y verás que la vida es sólo un sueño
cuando sientas en tu alma mi llamada.

Beberás en la copa del olvido,
impregnado el corazón por la tristeza.
Sentirás que te llevan ya sin ruido
a la fosa inminente, quieta y fría.

Oirás que dirán esto o aquello
y tú no los podrás contradecir;
y una lápida pondrán, que será el sello,
y sobre ella, el epitafio de tu fin.

Lía Castro, profesora normalista de la escuela de enseñanza básica N° 90 de Rancagua. Poetisa de fina inspiración poética, de corte romántico. Mantiene una delicada, aunque escasa, producción literaria pero que, esperamos, pronto entregará a la publicidad.

En la actualidad es secretaria del Ateneo "Oscar Castro", grupo cultural del que es una de las fundadoras.

A OSCAR CASTRO

por Lía Castro

Amigo de las palabras simples y profundas,
que te quedaste en los álamos
y en las constelaciones.
Por qué tengo que llorar con tu llanto,
por qué humedecerme el alma en tus ríos,
y tu aroma de nostalgias
dormirse en mi misma noche?

Tus versos de ciruelos verdes
en tu valle de ilusiones;
tus versos con aroma de tierra
y de atardeceres.

Tu voz, amigo, tan clara
y límpida como la voz
de algún arroyo cristalino
rumiando soledades,
estrujando nostalgias,
o elevándose en un cometa, alto,
como la ilusión de un niño.
¿Cómo poder olvidarte,
poeta de todos los caminos?

COMPAÑERO

por Lía Castro

Estás a mi lado, compañero,
simple y cansado; alegre y triste.
Tienes la soledad de los caminos
y estás saturado de álamos y viñas,
pero tú no lo sabes.
Te mimetizas con el tiempo
y a veces eres alegre
como los huertos maduros,
otras veces un poco triste.

Con ladina pericia,
cuando la pena se te enreda
en el alma, tú mueves tu cabalgadura
de risas y la embistes.

Compañero sabio y simple,
yo respeto tu valor callado.
Compañero, perdóname por haber sido
tantas veces la causa de tu mirada triste;
por haberte contagiado mi melancolía,
porque no supe reír con tus montañas
y no bebí el vino de tus vendimias.

Alejandro Alarcón, autor de abundante producción literaria, preferentemente novela y cuento.

En la actualidad acaba de dar término a una novela larga que próximamente entregará a la publicidad. Una bonita obra novelística.

Otras novelas y numerosos cuentos de este autor inédito, están a la espera de las prensas para salir a la publicidad.

Es uno de los actuales directores del Ateneo. "Oscar Castro".

EL DIABLO A VECES AYUDA

Por Alejandro Alarcón M.

En el pequeño pueblito de Paredones, enclavado en un rincón apartado de la provincia de Colchagua, vivía en el año de 1915 un personaje muy simpático llamado Pedro Muñoz, que a la vez era muy dado a contar cuentos para retrasar las amargas horas del invierno. Los inviernos en el campo son una pesadilla para sus moradores, ya que se quedan aislados por semanas a causa de las tremendas lluvias o la destrucción de los caminos. De ahí entonces que la gente se entretenga contando cuentos para mitigar en parte esa soledad.

El contaba con mucha gracia cuentos añejos. Una noche muy fría de agosto, al lado de un fogón contaba éste a sus hijos:

Teresa y Juan se habían casado hacía cuatro años llevando al principio él una vida ordenada, de amor y comprensión para su esposa y sus dos pequeños hijos. Pero empezaron temprano las desavenencias conyugales,

yéndose Juan con otra mujer y dejando en el abandono a sus dos chicos. La desesperación entró rauda en el corazón de la pobre mujer, que no veía la manera como llevar adelante su pequeño hogar desmoronado.

Una noche de luna llena se decidió ir a buscar al diablo, costara lo que costara. Cerca de su casa habían unos cerros. Buscó una parte visible, sentándose en una piedra parecida a un tronco. Ahí estaba pensativa viendo pasar lentamente la noche sin esperanzas. Sintió a lo lejos ladridos lastimeros de perros, llegando el miedo a morderle el alma. Quiso levantarse para seguir el camino negro de su casa, cuando, de pronto, un caballero muy elegante, vestido todo de oscuro, la miraba frente a frente.

—Tú estás esperando a alguien, mujer.

—Sí. Necesito ver al diablo, porque de tantas maldades que hace, tal vez él sea bueno y pueda ayudarme.

—Yo soy el diablo. Te ayudaré sólo porque tú no tienes nada, además tus cabros apenas se mueven de hambre.

—Pero yo no te puedo vender mi alma.....

—Vamos..... No necesito tu alma, ¿entiendes?. Sólo te quiero ayudar; pero sí, tienes que hacer lo que yo te ordene. Tu marido está a veinte leguas de aquí con una mujer; yo te llevaré allá.

—Pero..... ¿cómo?

—Sube a mi espalda y no mires para lado alguno, ni mucho menos me hables.

Al diablo le crecieron alas y se fueron saltando montes, sembrados y bosques. Llegaron a una casa de mal aspecto.

—Quédate tú aquí y no hagas ruido.

Entró a la habitación y luego salió con una mujer al hombro, la cual fue a dejar a un pajar próximo, propinándole una buena pateadura y unos rasguñones por el rostro.

—Ahora te toca a tí. Ve a dormir con él.....

—Pero eso es imposible, por que me....

—No tengas miedo; no se despertará hasta el amanecer. Mira, ten presente ésto: tienes que sacarle la billetera que tiene en el bolsillo izquierdo y la cuchilla que lleva al lado derecho. A más de eso le sacarás el zapato izquierdo y lo llevarás contigo de vuelta a casa. No se te olvide. Yo te esperaré aquí poco antes del amanecer. Ahora, vete.

La mujer entró sin decir palabra y quedóse dormida junto al calor y al amor de su esposo. Antes del amanecer abandonaba el lecho, llevándose lo que le había indicado el diablo.

Con las primeras luces del alba llegaba su amante muy maltrecha, debido a la paliza dada por el diablo.

—Me engañas, perra infiel.

—No sé que pasó, Juan...

—Calla...—Y llevó su mano al bolsillo para extraer la cuchilla. Luego buscó la billetera; después los zapatos,

—Me engañaste y me robaste.

No le quedaba otra alternativa que volver a su casa al lado de su mujer y sus hijos.

Sin hacer ruido casi, entró en la pieza de Teresa.

—Tú también me engañaste.

Un niño de escasos días elevaba su canción de llanto en la pocilga.

—Te equivocas, Juan. Ese niño es tuyo, es tu hijo. Aquí están las pruebas.

Y la mujer fue mostrando una a una las perennias, vale decir lo que le sacó cuando se quedó esa noche junto a él.

—Pero eso es imposible. ¿Qué hiciste?

—El diablo me ayudó: él me llevó hasta donde tú estabas.

—¿Hiciste pacto con el diablo...?

—No. El me ayudó. Porque a veces también hace el bien.

DAMIAN

Cuento por Antonio Cárdenas.

—Vamos a buscar a Damián— me invitó de improviso.

Hacia una semana que mi hermano Gabriel había llegado de Argentina. Esa misma tarde partimos al campo. Yo cabalgaba en mi tordillo, en una montura chilota, y él en una silla de bastos que había traído de Comodoro Rivadavia en su último viaje. Subimos a una colina y desde allí divisamos el paisaje. Nuestra isla tiene la forma de una cola que, seguramente hace siglos, se habría desprendido de otra isla más grande semejante a un gigantesco saurio.

El cielo todavía reverberaba límpido y diáfano como otras tardes arrulladas de trinos; el vasto mar se contemplaba siempre verduoso, con leves marullos en la costa. Era la estación de trigales promisorios en cuyas espigas arpegian los vientos que se despiertan cuando la luna riela la superficie de la tierra y el mar.

Pan y tierra, viento y mar. El trayecto se alarga hasta perderse en la noche. Convencí a Gabriel que pernoctáramos en un bosquecillo de michayes (I). Al alba me despertó. Ensillamos y descendimos a galope tendido hasta llegar al pastadero. La caballada y las vacas estaban separadas por una cerca de quinchas, formando una red terrestre. Cuando llegamos los caballos nos miraban atentos, sacudían sus cabezas, mecían sus crines saludándonos, menos «Damián», nuestro potro regalón que mi hermano había traído de la Patagonia para com-

petir en las carreras campestres y luego hacerse rico, pues para él «Damián» era el semental más valioso de la zona. Estaba echado, con el bello apoyado en la tierra. Lo instamos a levantarse, pero no pudo hacerlo. Comprendimos que estaba enfermo. Partimos de inmediato donde una «meica» que, aparte de recetar remedios a los nativos, también sabía preparar, según ella, menjunjes para los animales. Le contamos lo que le ocurría a «Damián» y se puso de inmediato a trabajar. Hizo un compuesto de varios ingredientes. Cuando todo estuvo listo, nos dio el brebaje en un recipiente. Partimos hacia donde estaba el caballo. Le abrimos el hocico y le dimos de beber. Se tomó como medio litro de medicina. Nervioso, intentó levantarse. Gabriel lo achó suavemente y le ayudó a mantener un rato erguida la cabeza mientras ensortijaba con sus dedos la tusa fina. Enseguida, con un resuello, reclinó tranquilo su cabeza sobre la hierba.

Nosotros pensamos: "Con esta panacea pronto andará corcoveando y relinchando como en sus mejores días".

Mi hermano decía que el animal tenía mezcla de inglés con argentino. ¡Vaya uno a saberlo....!

El asunto era que «Damián» parece que no se aclimataba, pues mi hermano repetía: "Allá en la pampa éste era un satanás y aquí en Chile se hace el leso"

Yo le respondía:

— Espera que se acostumbre y verás....

Mi hermano me contestaba:

— A lo mejor tienes razón. Veremos como reacciona mañana.

El sol reventaba luces de distintos colores al perderse en el horizonte, cuando los áamos se inclinaban, reverentes, en oración.

Lo dejamos tendido y regresamos a nuestra casa. Pronto llegó la noche. En medio de ella, nos acordamos del enfermo. Queríamos ir a verlo, pero era imposible;

la noche era sin luna y el camino estaba cubierto por frondosos árboles. Nos dormimos pensando en él.

Cada vez que ladraban los perros o el viento hacía sonar los goznes de las bisagras de nuestra puerta encendía la vela de cera, cuyo pabilo se consumía rápidamente con la corriente de aire que entraba por algunas amplias rendijas propias de las casas de campo.

Mientras esto sucedía, mi hermano roncaba dando silbos, movía las manos y luego agitaba sus piernas. Seguramente en ese momento cabalgaba en «Damián» por estancias iridiscentes arreando un rebaño de blancas ovejas seguido por baqueanos perros lanudos, corriendo de un lado a otro para apretujar al ganado. Gabriel daba voces y sonreía al tiempo que lo hacía caracollear en las atajadas. Los movimientos del brioso animal sincronizaban los impulsos de la voluntad del hombre, actuando como una tromba centáurica que se desplazaba apurando el piño por las llanuras lunares.

Yo me preguntaba: «¿qué dimensión tendrán esas estancias? ¿Alguna vez podré verlas y también como Gabriel, cabalgar algún valeroso corcel por esas inmensas llanuras?» Las interrogantes se me venían a la mente tan rápidamente como ráfagas: primero en pequeñas cantidades, luego cientos, miles, quizás millones. Eran tantas que me aturdían y me adormecían. Por la ventana veía miles de estrellas que como piedras preciosas flotaban en el firmamento. Pensaba: «A lo mejor en algunos de esos planetas hay hombres como Gabriel y yo, que tengan caballos incluso más hermosos y rápidos que los nuestros. ¡Qué interesante sería verlos!»

Cuando amaneció, lo desperté. Nos lavamos. Desayunamos. Le dimos comida a los animales, aves, perros y cerdos; éstos últimos eran los más apurados y gruñones. Apenas desayunaban daban vuelta el «dornajo» (2) y partían hacia las «chenas» (3) del estero a hozar la tierra y no volvían hasta el atardecer.

Nos dirigimos galopando a ver el caballo, seguidos de «Tarzán» un perro blanco de hocico puntiagudo, cuerpo delgado y patas largas. Cuando llegamos a la pastizada los caballos estaban apiñados en medio del potrero; no nos saludaron moviendo sus cabezas como otras veces. Ahora relincharon con la cabeza gacha. Comprendimos que «Damián» había muerto.

Efectivamente era así. Sus grandes ojos estaban fijos, mirando hacia el sur, a esa tierra en que había nacido.

Luego que lo contemplamos un rato, Gabriel empezó a cavar una fosa. Lanzaba con bríos las paladas al exterior. Su rostro se apellinaba y la vista clavaba en tierra. «Tal vez me lo mató una mala hierba»—fue lo único que dijo—. Al erguirse un mechón de pelo le caía sobre la frente adhiriéndosele empapado de sudor.

Yo lo miré cabizbajo. «Debe sufrir igual que cuando perdimos a nuestro hermano menor hace un par de años»—pensé. Sepultamos a «Damián» y le colocamos un madero con su nombre.

Cada vez que visito mi tierra, paso a verlo. Allí está soñando frente al mar. Allí, en la mar brumosa, soñando arreos por estepas de espumas verdes, sin horizontes y sin ecos.

(1) michayes: Arbusto chilota.

(2) dornafo: Tronco cavado, artesa.

(3) chena: Tierra cubierta con gramínea chilota.

CARRIEL

Cuento por Antonio Cárdenas

Tenía diecinueve años cuando abandoné Talca. Fue una mañana de comienzos de Primavera. El sol parecía más nítido que de costumbre; sus resplandores bañaban mi cuerpo, lo que me producía una sensación de bienestar, de alegría, como si fuese a vivir mil años. Vea a los comerciantes juntos o en grupos dirigirse a sus negocios; parecían felices.

Ya se acercaba la hora en que debía arribar el tren en que llevaría un cargamento de frutas a Chillán; era un convoy carguero que se dirigía al sur, siempre a la misma hora. Era la primera vez que asumía tal responsabilidad. Hijo único, como tal tenía todas las garantías y podía disfrutar de muchas cosas que otros no podían hacer. A veces hasta me embriagaba y podía llegar tarde a casa, fumar, bailar; jamás había trabajado en nada, no tenía necesidad.

Aquello de llevar frutas me permitiría independizarme. Era en cierto modo un sueño inesperado; valía la pena intentarlo.

Me encaminé a la estación en compañía de mi padre y mientras esperábamos el tren me decía:

—No te desanimes, procura vender bien la mercadería y cuando vuelvas, llevarás otros carros.

Quería que fuese un próspero comerciante, como él. Esta era mi oportunidad.

Luego piteó el tren. Cuando se detuvo acoplaron el carro con la fruta. Me despedí de mi padre y partí de

Talca. Tras unas horas de viaje llegué a Chillán; descendí del convoy y fui en busca de un hotel. Jamás se me ocurrió preocuparme del carro y de las frutas. Me alojé en "El Globo", el mejor sitio de turismo de la zona central. Al día siguiente tomé contacto con algunos comerciantes para vender las frutas. Fui a la estación y con tristeza pude comprobar que el carro con la mercadería había partido a Concepción; hablé con el bodeguero y éste se comunicó con la ciudad para la devolución de las frutas a Chillán.

Esperé varios días en el hotel. Los comerciantes se aburrían y se iban. Pasaba el tiempo; el dinero se me terminaba, y la carga no aparecía por ninguna parte. Al cabo de diez días, por fin recibí un aviso que la mercadería había sido devuelta. Corrí a la estación y pude comprobar que las manzanas y los duraznos estaban podridos. En ese momento me pareció que las cosas que antes me veía de rojo, ahora se tornaban grises; el resplandor de sus luces se había ido; la plaza, las gentes, mi hotel, nunca los había visto tan lejos.

La noche llegó más temprano. Me fui al hotel por última vez. Le dije al garzón que no iba a comer, pues me sentía cansado. Me encaminé a mi pieza que quedaba en el piso alto y escribí una carta a mi padre contándole lo que me había ocurrido. Cuando la terminé miré hacia afuera; el silencio sólo era interrumpido por el rumor que causaban los tacones de los peatones al pasar por la vereda frente al ventanal de mi hotel. Cerré la cortina y me sumergí en mi propio mundo. Mientras buscaba ansiosamente dormirme, miles de frases, palabras, pensamientos, pasaban por mi mente hasta que al final me sumergí en el sueño.

Al día siguiente tuve una sensación de alegría, pero enseguida crudamente recordé la realidad que vivía, y todo volvió como una pesadilla.

Me fui de mi alojamiento, diciendo que volvería por la tarde. Me encaminé al correo a depositar la car-

ta que había escrito y deambulé en espera de la respuesta. Tres días después llegaba la contestación, que en su parte principal decía:

—“No quiero verte nunca más; perdiste el capital que te dí para formarte. Ahora deberás trabajar y sufrir para llegar a ser hombre. Por lo tanto, nada esperes de mí, arréglate solo. Adios.....”.

Desde ese instante debería afrontar sólo mi situación. No tenía ningún dinero en el bolsillo. De millonario había descendido a hombre pobre, sin destino, como muchos que había visto en mi pueblo, pero nunca se me pasó por la mente que un Carriel llegaría a ese estado.

Abandoné el hotel, y fui a sentarme a la plaza junto a un grupo de jubilados. Al ver la catedral recordé que en un tiempo había sido ayudante del cura de mi pueblo, y sin pensarlo dos veces me dirigí a la parroquia, presioné el timbre, y luego sentí pasos, apareció un cura gordiflón, sonrosado y me dijo:

—¿Qué quieres, hijo?.

Le contesté:

—Padre, ¡uf sacristán en mi pueblo, quiero trabajo.

—Lo siento, hijo, tenemos ya uno, y muy bueno. Luego cerró la puerta tras sí.

Misesperanzas se esfumaron y volví de nuevo a la plaza. Esa noche dormí en una bodega abierta cerca del Mercado viendo por techo las altas luces del firmamento. Cuando amaneció recorrí algunas callejuelas en procura de alimentos. Así vagué varios días.

Una tarde me hice amigo de un grupo de muchachos vagabundos, peluzones que vivían del pillaje y dormían en cualquier parte. Al principio se resistieron a aceptarme, pero después de escuchar mi historia me dijeron:

- Carriel, quedas aceptado.

Me integré al grupo. De inmediato nos dirigimos a

la estación. En el trayecto se nos acercó un huaso de a caballo; tenía sombrero alón y manta esquinada; detuvo su corcel haciendo un semicírculo y nos preguntó:

—Oigan jóvenes, no saben onde pueo encontrar un jutre que sepa rezar el rosario, pues se me murió mi taitita y no tenemos rezador. El finaito dejó hartaza plata para que lo velaran.

—¿Dónde vive usted?—pregunté.

—Detrasito de la loma nomá, ñor.

—Yo sé rezar el rosario—le contesté.

—¿En verdad hombre?— Me dijo.

—Claro pues, señor, yo sé rezar los tres rosarios: el doloroso para los viejos, el gozoso para los santos, y el glorioso para los cabros chicos. Además—le dije—yo estaba estudiando para cura y por revolucionario me echaron del Seminario y aquí ando de atorrante.

—¿Cómo se llama?.

—Carriel— le contesté.

—Vamos andando entonces—dijo el hombre.

Partimos junto a éla casa del difunto. En realidad algo sabía sobre rosarios, pero ésta era la única oportunidad para ganar algunos pesos y comer durante algunos días.

Quando llegamos a la casona había chanchos, gallinas y corderos muertos y empecé a rezar. Mientras más rezaba, más ganaba. No sé sí recé cerca de cien rosarios esa noche; únicamente dejé algunos minutos para comer y luego seguir rezando. Cuando llevaron por la tarde al difunto al cementerio me ofrecí para orar durante el trayecto, pues le dije que con esto se salvaría completamente su alma e iría derecho al cielo, pero el precio por las oraciones era más alto.—No importa—dijeron los deudos— estamos dispuestos a gastar toda la plata que dejó el finado con tal de salvarle del purgatorio o del infierno.

Después que sepultamos al muerto volvimos a la

casona ub cada bajo una loma bordeada de altos álamos. Más allá, potreros salpicados con bueyes, que tenían como cierros los altos cerros cordilleranos rayados de blanco. Allí estuvimos cerca de tres días comiendo y bebiendo. Cuando se hubo terminado la carne y el vino, nos fuimos al pueblo llevando lo ganado en el velorio. Tuvimos dinero para alimentarnos durante una semana. Y al cabo quedamos tal como nos encontró el hombre de a caballo. Pobres como ratas. Nada se nos ocurría para obtener dinero, hasta que uno de mis compañeros apodado el "El Nato" me dijo:

—Carriel, ya tengo la solución.

—¿Si?. ¿Cuál es?.

—Vamos a robar corderos esta noche en la feria— propuso.

Aceptamos la idea, nos reunimos y planificamos el robo hasta el último detalle. Yo esa noche me quedé de "loro" y mi sitio de "trabajo" fue la línea férrea; al menor ruido sospechoso debía hacer sonar el riel con una piedra. Como no apareció nadie, no tuve necesidad de dar voz de alarma alguna.

Al poco rato aparecieron mis amigos con un cordero cada uno; teníamos dos borregos esa misma noche; los vendimos en una carnicería cercana y tuvimos plata para comer algunos días, ya que por cama nada gastábamos, pues dormíamos en el horno abandonado de una vieja panadería.

Cuando ya no pudimos robar más nos fuimos de la ciudad. En las afueras del pueblo llegamos a un negocio clandestino de licores, cuya dueña era viuda. Hacía una semana que estábamos viviendo allí; ganábamos la comida y el alojamiento haciendo pequeños trabajos para ella. Un día vimos aparecer cuatro bandidos que según supimos después habían abandonado recién la cárcel. Uno de mis compañeros los reconoció: eran los hermanos Cavieres, famosos asaltantes de la zona. Corrimos

a escondernos, pero uno de ellos nos descubrió y como nuestra conducta les pareció sospechosa, nos siguieron y cuando nos alcanzaron nos dijeron:

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Cómo que quién son ustedes?—Les contestamos dándoles a entender que los conocíamos—Somos de la misma «carda», amigos. Recuerden que fuimos vecinos en la cárcel. Nosotros ocupamos la celda 25.

—Ah, sí. ¿Ustedes eran de la 25?

—Claro pues, nosotros.

—¿Qué andan haciendo por aquí?

—Venimos a ver a nuestra hermana, que es la dueña de este boliche y que nos ayudó mientras estuvimos presos.

—¿Es verdad que es su hermana?

—Sí. —Les respondimos.

—¿Y ustedes tienen armas?—nos preguntaron.

—No. ¡De dónde vamos a sacar!

Entonces dijo uno:

—Les voy a regalar este «choco», porque nos vamos, pues nosotros veníamos a robar y a matar a esta vieja. Como es su hermana le perdonamos la vida, pero si nos han engañado a ustedes los mataremos. Se fueron y cuando se perdieron por el camino nos fuimos donde la viuda. Le contamos la odisea que habíamos pasado y le dijimos que si volvían los Cavieres les dijera que era nuestra hermana.

La señora en agradecimiento, nos dio comida, vino, y más encima nos abrió una cuenta para pedir lo que quisiéramos. Estuvimos una semana comiendo y bebiendo, cuando ya empezaban a escasear las provisiones, partimos hacia la estación. Era Diciembre; hacía un calor sofocante. Nos sentamos en un durmiente cerca de un viejo muro a esperar que alguien nos ofreciera algún «pololo» ó viéramos algún átorrante conocido; pero pasaban las horas y nada ocurría. De repente vi al Na-

to, que pegó un manotazo en el muro, y se echó la mano al bolsillo, como guardando algo. Se dio vuelta y nos invitó a almorzar al mercado. Nos miramos y sonreímos, pues pensamos de dónde iba a sacar plata para invitarnos a comer. Como insistiera, lo acompañamos. Cuando llegamos allá, el Nato ubicó una cocinería; nos instalamos en una mesa y nuestro amigo pidió tres almuerzos y un jarro de vino. Estábamos intranquilos por saber que no teníamos dinero para pagar, almorzamos con el apetito que se tiene después de tres días de ayuno. En todo caso queríamos ver qué iba a ocurrir.

Ya estábamos por terminar y el Nato pegó un salto, lanzó un grito y botó su plato. Vino la patrona y el Nato mostró una lagartija que había aparecido en su fuente. Armó un tremendo alboroto, hubo protestas, gritos; el local se repletó de gente. Al final el Nato, quiso llamar a la policía, porque alegaba que se iba a envenenar con la comida. Entonces la dueña del restorán nos dijo:

—Váyanse y perdonen que esto haya ocurrido. Con estos calores estas sabandijas aparecen por todas partes. No me deben nada.

Dimos un suspiro de alivio y nos retiramos, pero con los nervios quebrados. De ahí nos fuimos a dormir.

Al día siguiente nos encaminamos a la estación, a la hora de pasada del tren de pasajeros que viajaban con destino a Santiago, para ver si podíamos robar algo o ganarnos algún «pololo». No habían transcurrido más de cinco minutos que habíamos cruzado la puerta principal del recinto ferroviario cuando apareció el tren jadeante como un atleta después de una larga carrera. Me paré frente al maquinista y de repente sentí que alguien me alzaba: era el maquinista, un amigo de mi padre que me había reconocido y mientras me echaba al tren, me decía:

— ¡Vagol! ¡Sinvergüenza!. Al fin te pillé, hace tiempo que tus padres te andan buscando y nadie te podía encontrar. Ahora que te hallé no te soltaré hasta llevarte a tu casa.

Sentí que un sudor frío corría por mi frente y mi espalda, mientras mis compañeros observaban con los ojos desorbitados lo que me ocurría, y me gritaban:

— ¡Carriel, tírate del tren!

— ¡Tírate del tren, Carriel!

Como este hombrazo me tenía prisionero, no tuve tiempo ni para despedirme de ellos.

En el camino le dije a mi aprehensor que debía bajarme en Villa Alegre, pues allí tenía familiares y que comprendiera en las condiciones de pobreza que me encontraba, no podía llegar a mi casa. Me preguntó por el nombre de mis parientes, la dirección, y al llegar a Villa Alegre, le encargó a un policía que me condujera a casa de mis tíos y que si intentaba arrancarme me pusiera preso y avisara a mis padres en Talca.

Llegué a casa de ellos. Era tiempo de la vendimia y empecé a trabajar y ahorrar dinero. Al pasar el tiempo me fui haciendo conocido y un día los obreros me invitaron a participar en su sindicato.

Durante una campaña presidencial, me enrolé en las filas de uno de los candidatos, el que apoyaban los trabajadores. A instancias de mis nuevos compañeros empecé a leer algunos libros de contenido social, a estudiarlos y comentarlos. Pronto llegué a ser dirigente y en calidad de tal estaba una noche hablando en la plaza del pueblo, en víspera de la elección. Cuando terminé mi intervención en la que contaba mi triste experiencia, sentí que alguien me tiraba la chaqueta; miré y ví que era mi madre que lloraba y me aplaudía.

En la tarde del día siguiente, con la euforia del triunfo presidencial tomamos el tren con los talquinos que habían venido a la elección a Villa Alegre. Al llegar a Talca la

muchedumbre nos saludaba y nos aplaudía. Entre el gentío reinante apareció un hombre alto y de barbas blancas, en el cual al acercarse reconocí a mi padre.

∴

EL BRUJO ANTILLANCA

Cuento por Antonio Cárdenas

Esa mañana había vuelto a discutir con Zoila, cual de los dos trabajaba más. Zoila me reprochaba que en vez de ir al monte a labrar la madera, sólo iba a dormir.

Me decía:

—¡Cómo es posible que un hombre labore un solo poste cuando todos los demás labran hasta cinco o seis cuadrados al día. Lo que pasa—segula quejándose—, es que tú eres un flojo rematado y no se te da nada por progresar, mientras yo me saco la mugre sembrando papas para alimentar a tus dos crios chicos.

Yo, por mi parte, replicaba:

—¡Y tú qué haces!; las malezas están tapando las papas, y ni siquiera las limpias. Lo único que haces es tostar trigo y hacer harina.

—Igual que te sirve—contestaba—porque de lo contrario te morirías de hambre, como un perro en la montaña.

—No me vaya a morir no más— Le contestaba.
Y luego enardecido, gritaba:

—Ni siquiera el diablo me ayuda a salir de esta pobreza. ¿Qué más puedo hacer yo?. Los pobres no tenemos ayuda de nadie. En esta isla chilota no anduvo Dios. Yo creo que todo esto don «Jecho» se lo regaló al malulo.

—No digas leseras, hombre tonto —decía Zoila mientras tomaba un palo para pegarme.

De esa manera yo no tenía más remedio que tomar mi bolsa de harina tostada, una olla chiquita, un jarro y una cuchara; los ataba al yugo de mis bueyes y partía con ellos a la montaña.

Por el camino azuzaba a mi yunta, diciéndoles:

—¡Halaaaaa Golondrino...!.

—¡Halaaaaa Pajarito.....!.

De vez en cuando recogía piedras, cuando pasábamos por algún arroyuelo, para cazar pájaros para mi almuerzo.

Cuando llegué a mi sitio de trabajo solté a mis bueyes, les corté pasto y me instalé bajo un frondoso árbol con los implementos para preparar mi comida. Hice fuego, dejé calentando agua y salí a cazar pájaros, sobre todo «chucaos», los que al verme parecían reconocerme como su asesino; relinchaban como caballos, bailaban de rabia y partían mientras los perseguía a hondazos por los enmarañados quilantales. En una hora lograba cazar unos cinco pájaros con los cuales tenía para mi almuerzo; era el único mortal en mi pueblo que almorzaba como un rey en el bosque, pues todos los demás madereros llevaban su almuerzo preparado. Nadie sabía lo que yo hacía, ni la misma Zoila. Luego que comía me ponía tranquilamente a descansar, mientras veía como los choroyes pasaban en bandadas cantando; otras veces se paraban en las lumas altas a embriagarse con

el jugo de vides silvestres. A las nubes sólo las veía cuando el sol no caía verticalmente sobre mi cabeza.

El silencio, a veces, sólo era interrumpido por el grito de los pájaros, por el viento que movía las ramas, o por los bueyes que quebraban la hierba para acostarse a dormir.

En realidad, Zoila tenía razón. Empezaba a trabajar cerca de las tres de la tarde, después que terminaba mi siesta en la montaña, que debe ser la mejor de todas pues allí se respira el verdadero aroma de la tierra y de los árboles.

Acto seguido cortaba la madera, labraba mi poste, le hacía un rodete para ponerle la cadena y conducirlo con los bueyes hacia la playa. El camino hasta el mar era largo, demoraba en bajar con mi rastra cerca de dos horas. Siempre bajaba de noche.

Durante una semana lograba reunir unos seis postes con los cuales hacía una balsa que conducía a caballo por el mar y los iba a vender al aserradero más próximo cuyos propietarios eran alemanes o españoles que explotaban a los madereros.

Cuando llegaba con mi madera al aserradero, el gringo siempre la medía en pulgadas y realmente me pagaba la mitad de su valor; lo recibía en mercaderías: harina, azúcar, café y a veces algún metro de percal para regalarle a la Zoila para que se hiciera una blusa con lo cual lograba que no me increpara durante algún tiempo. Cuando ya la blusa se iba poniendo vieja, Zoila volvía nuevamente a ponerse furiosa. Yo sabía que el único remedio para calmarla era comprarle una blusa o un vestido nuevo.

Ya me había habituado a esta manera de trabajar. Pues, aparte de hacer postes, nos dedicábamos también a sembrar una pequeña superficie con papas y legumbres en la época de siembra. Trigo no teníamos, porque nunca logramos juntar suficiente dinero para adquirir alguna

cantidad de esta gramínea para sembrar. Había que cultivar por lo menos una cuadra para poder trillar a máquina, la cual era movida a brazos. Menos de una cuadra de siembra había que trillar a caballo y esto era propio de los pobres y de los flojos. Para no estar en ninguna posición social, mejor era no sembrar trigo.

Un fin de semana, como de costumbre, peleé nuevamente con Zoila y luego de discutir acaloradamente me dirigí con mi yunta de bueyes a la montaña a bajar el último poste que me quedaba para hacer mi balsa.

Era un hermoso día. Las nubes se habían ido hacia la Antártida; el viento parecía haberse dormido en algún fiordo de las Guaitecas, y los pájaros se habían quedado en sus castillos de piedras planificando su labor para el día siguiente.

Como siempre, ese día llevé mi honda y piedrecillas que había recogido en la playa para cazar pájaros para mi colación. Llegué a la montaña cerca de las dos de la tarde y de inmediato solté mis bueyes para que cogieran alguna hierba fresca mientras yo perseguía a los "chucaos", los cuales cocinados son más sabrosos que las perdices. Un "chucao" asado es un manjar delicioso. Cerca de las tres ya estaba almorzando; después me puse a descansar y me quedé dormido bajo un alerce gigante.

Al despertar vi delante de mí a "Pajarito", que me miraba asustado, y más allá también estaba "Golondrino", que tenía las orejas paradas y los ojos enrojecidos. Todo me pareció extraño. Me puse de pie y pronto sentí crujir una mata de ramas como si se quebraba gancho por gancho y luego se volviera a juntar. En realidad nunca había presenciado un fenómeno así; jamás había tenido temor hacia lo sobrenatural, pero esa tarde verdaderamente tuve miedo. Era la primera vez que el temor se convertía en un sudor frío que co-

rría por mi espalda; parecía que los cabellos de mi cabeza tomaban una posición vertical y los sentía tiesos, duros como alfileres; mi cara, mi nariz, estaban frías, en cambio mis orejas las sentía arder.

De inmediato tomé mi onda y me subí a un árbol a ver qué es lo que ocurría. Cuando hube alcanzado el último gancho, me puse a observar y pronto ví a un animal que estaba recostado al pie de otro árbol, más o menos a unos cien metros desde donde yo estaba ubicado; era parecido a un león de color naranja y dormía sobre una zarza que desde lejos daba la impresión que ardía.

Luego de contemplarlo un rato, decidí a tirarle una piedra. Saqué la honda de mi bolsillo, la cargué y le lancé un proyectil; le pegué cerca del pecho y sonó como si le hubiese pegado a una muralla de lata. El animal no se movió. Le lancé entonces una piedra medio filuda, que hizo blanco en la cabeza; el animal se levantó y pronto fue perdiendo su forma de cuadrúpedo para convertirse en algo redondo como un barril que rodaba hacia donde me encontraba.

No supe cómo me descolgué del madero, azucé a mis bueyes y partí camino abajo como alma que se la lleva el diablo. Iba sudoroso y a medida que corría con mis bueyes sentía tras de mí la sonajera de palos quebrados que iba dejando el monstruo; las piernas se me doblaban, ya no tenía fuerzas para caminar, por momentos me sentía desfallecer, pero luego cobraba bríos y volvía a correr. Uno de mis bueyes cayó y lo dejé allí botado y seguí con el otro.

Al salir del despoblado parecía que la vida había vuelto en todo su esplendor, llegué jadeante a mi casa. De inmediato Zoila me preguntó:

—¿Qué te pasó que vienes tan pálido?.

—Resulta, Zoila, que ví en el monte a un animal muy feo. Cuando le tiré una piedra se levantó y me persi-

guió por todo el camino. Creo que era el diablo. Vine únicamente con «Golondrino»; «Pajarito» de miedo cayó al suelo y no pudo seguir más.

—Yo voy a ir a buscar al «Pajarito» —dijo Zoila.

Llevó un lazo, un cuchillo y llamó al Miñimiñi, un quiltro muy pequeño de color negro con una estrella blanca en la frente. El perro siguió tras su ama. Cuando llegó donde había quedado el buey, Zoila también empezó a sentir miedo. Después de increparlo, éste se levantó y empezó a caminar hacia adelante. Zoila atrás lo picaneaba con un palo, sin soltar el cuchillo que llevaba en su mano, lista para defenderse del animal que en cualquier instante podía aparecer. De pronto apareció un perro negro de puntiagudos colmillos blancos; sus ojos parecían ascuas en la noche, queriendo morder a «Pajarito» y a Miñimiñi, el que se acurrucaba gimiendo bajo los vestidos de Zoila, mientras ella le decía:

—Conmigo no tiene nada que hablar, amigo. Por favor no me moleste.

El buey se quería caer de nuevo, pero ante las insistencias de Zoila seguía andando.

Cuando mi mujer llegó a casa ya era de noche. Amarramos los bueyes, comentamos lo ocurrido; después cenamos y nos fuimos a nuestro dormitorio. Cuando ya empezábamos a quedarnos dormidos, sentimos que alguien caminaba afuera y arañaba el tinglado.

Se levantó Zoila, recorrió un poco la cortina de espillera que teníamos y me dijo despacito:

—Chendo...

—¿Qué pasa?— le pregunté.

—Afuera hay un hombre de a caballo.

—Acuéstate —le dije— y nos quedamos callados.

Al poco rato el hombre golpeaba nuestra puerta. Zoila susurró en la oscuridad:

—Debe ser tu amigo el diablo al que tanto llamas.

—Cállate, mujer, por Dios,—le decía.

Me levanté en puntillas, miré por la ventana y ví a un hombre vestido de negro que estaba parado a unos tres metros de la ventana. Tres veces golpeó la puerta. Cuando no golpeó más, miré nuevamente por una rendija; el hombre ya no estaba.

Al poco rato empezó a gritar un gato para que le abriéramos la puerta. Creíamos que era «Lucifer», un gato negro que teníamos. Luego de cerciorarnos de que no había nadie, le abrí un poquito para que apenas entrara, una vez que estuvo adentro cerré la puerta con una tranca de madera y encendí la luz de un mechero de parafina que teníamos. Al ver que no era «Lucifer», le dije a Zoila:

—No es «Lucifer», es un gato extraño.

—Debe ser tu amigo, —dijo mi mujer.

Se levantó, cogió un palo y empezó a darle de garrotazos. Yo también cogí mi cinturón y empezamos a perseguir al gato. Cuanto más brincaba y gritaba, más le castigábamos. Hasta que por fin se rindió y cayó muerto en medio de la salita de piso de tierra que teníamos. Allí lo dejamos y nos fuimos a acostar.

Zoila me repetía:

—Ese gato no es bueno. Apuesto que mañana no va a estar.

Al otro día, apenas despertamos, buscamos a nuestra víctima; había desaparecido. Por primera vez le creí a Zoila. Ella había adivinado lo que iba a suceder. Ese día no fui a trabajar; había quedado atemorizado con lo acontecido el día anterior.

A mediodía supimos que nuestro vecino Antillanca estaba muy grave, pues dijo la familia que se había caído del caballo y se había golpeado tanto que temían por su vida.

Zoila me dijo:

—Chendo, el diablo que tú viste en la montaña y que te persiguió por el camino, nó fue otro que Antillanca.

Fue el mismo que se hizo perro cuando yo fui a buscar al «Pajarito» y quería morder al «Mifimiñi», y el mismo que vino a darnos miedo anoche y entró de gato.

∴

EL TESORO DE GUILLOI

Cuento por Antonio Cárdenas

Ese sábado me puse mi terno gris, calcetines de lana blancos con rayas rojas, ojotas de cuero de vaca, una bufanda ploma y manta color pimienta. Amarré una espuela a mi pie derecho y partí a Catrinto, poblito cercano a mi tierra. Iba a comprar allí algunos víveres para seguir trabajando. De pronto apareció el poblado junto al mar, con sus casas de madera, de techos rojos que a la distancia parecían pequeñas cajas anaranjadas. Era un pueblo con una calle larga y otra que se arrancaba de la mitad y corría por un alto que se llevaba al cementerio.

Cuando llegué al pueblo recibí algún dinero por la venta de trozos de alerces que hice con unos españoles dueños de un aserradero. Efectué primero algunas compras. Encontré algunos amigos y me puse a beber hasta embriagarme. Mis compañeros regresaron a sus casas y yo continué bebiendo. El dueño del boliche me subió al caballo. Partí rumbo a Coinahue. Viajaba sobre una

silla hecha de un pellón de lana apretada con una vieja cincha; en mis manos llevaba como rienda una coyunda de cuero de vaca que el caballo había cortado con sus dientes en varias oportunidades acosado por el hambre. Desperté a la mitad del trayecto. Sentí una alegría propia de las que da el vino cuando surte su efecto en la mente de las personas ebrias y empecé a cantar a grandes voces melodías populares. Cantando me sorprendió la noche. Al llegar al estero del pueblo estaba ya oscuro; los seres extraños que viven en las tenebras habían despertado. Entré por el camino que me conducía a mi casa. El sendero pasaba por un pequeño valle rodeado de matorrales donde mucha gente había visto visiones, lo que hacía suponer que en este lugar había algún entierro. Por temor, nadie intentaba sacarlo. Tampoco sabían el sitio exacto donde se encontraba, pero lo efectivo es que los animales, al llegar a este paraje, se quedaban como paralogizados; se retacaban, levantaban sus patas delanteras y, pifando retrocedían.

A los transeúntes siempre se les aparecían perros descomunales, culebrones con altas crestas rojas y otros animales terroríficos. Una fuerza invisible hacía mover las ramas en forma ruidosa desde donde saltan disparados centenares de caballos camino abajo. Nadie los veía, pero era la característica carrera de los equinos. El asunto es que, ya entrada la noche, nadie pasaba por aquí porque había "susto" y las apariciones infundían espanto.

Al llegar a aquella parte del camino mi cabalgadura relinchó, se detuvo en seco y bruscamente se dio media vuelta quedando estático y palpitante.

Entonces sentí que un helado escalofrío me hormigueaba las espaldas. Descendí de mi bestia, la palmoteé en la tabla tibia y viviente del cuello. Me persigné, luego la pasé cabestreando y cuando hube franqueado el paso monté nuevamente. Llegué a todo galope a mi ca-

sa. Me desmonté y apenas crucé el vestíbulo le dije a mi mujer:

—Cantarina —te cuento que di con el entierro. Pues al pasar por el valle relinchó el caballo; luego se empacó y tuve que pasarlo tirando, de lo contrario no pasa. En el mismo lugar en que se encabritó, dejé clavado un palo para ubicar el entierro.

De inmediato llamé a mi madre y le dije:

—Mamita, encontré un tesoro.

Mi madre me respondió:

—Chacha rande, hijito ¿dónde hay entierro?

—En la loma, en una pampita que allí existe.

Como aún no me pasaba el efecto de la borrachera, busqué un chuzo y una pala y partí a sacar el dinero. Mientras caminaba veía luces que cruzaban el espacio de este a oeste. Se me ocurrió hacer una cruz con mis dedos a una luz que titilaba a poca altura de donde me encontraba. Me escondí detrás de una mata de cóguiles y musité entre dientes: "Aquí voy a saber la verdad si hay brujos". De pronto vi a un hombre que descendía del cielo y cuando pasaba a unos dos metros de altura pegué un salto como un felino y me agarré a una de sus piernas. El extraño ser me arrastró casi una cuadra. Al pasar una tranquera, quedé atrapado en las quinchas y caí al suelo. Me levanté tambaleante y vi que la luz se perdía detrás de una colina. Una bandada de caiques pasaba arando el cielo con sus alas pardas. Uno de ellos se desgajó de la bandada y fue a caer en la pampilla de la loma. Partí corriendo, saltando acequias y cereas en cosa de segundos. Cuando llegué al punto donde el caique había caído, éste ya no estaba. Bajé el chuzo y la pala de mi hombro y empecé a abrir un boquerón en la tierra. Mientras trabajaba, la transpiración me brotaba por todo el cuerpo. A veces llamaba al diablo, los vapores del alcohol aún me quedaban dando vueltas en la

cabeza. Escuchaba sonar cadenas, latas, fierros, cuando daba el chuzazo.

Amanecía. Dejé el trabajo y me encaminé al rancho. Al entrar mi mujer me preguntó:

—¿Y sacaste el entierro?

—Cavé toda la noche, pero no lo encontré. A lo mejor cambió de lugar ó debe estar más abajo del límite en que horadé la tierra. Escuché ruidos de cadenas; hacían tal golpeteo, como el de los barcos cuando bajan y suben por los escodenes. Tenía miedo, pero me daba valor pensando que con cavar un poquito más saldríamos de nuestra miseria. Además pillé a un brujo, lo agarré de una pierna, me arrastró varios metros y no pude detenerlo. Llevaba una especie de motor que sonaba como el tañido de una flauta. Era escoltado por una bandada de caiques, descendiendo uno de ellos en el lugar del entierro, debe ser el que cuida el tesoro. Mañana voy a ir a ver si hay hoyitos, porque donde existe algún entierro la tierra está agujereada.

Me acosté. Cuando desperté al día siguiente partí de inmediato al lugar y vi que una pequeña superficie de terreno de un metro cuadrado estaba lleno de agujeros. "Aquí está el tesoro —pensé— pero el trabajo hay que hacerlo en el secreto de la noche". Planté un palo como marca y regresé a mi casa.

—Cantarina, ahora sí ubiqué el entierro— le dije apenas franqueé la puerta.

—¿Y cómo sabes que lo hallaste? —preguntó con desgano.

—Es que encontré los hoyitos.

Se hizo un silencio helado y del asunto no se volvió a hablar en el día. Llegó el crepúsculo y, la noche desplegó sus lienzos. A pesar de mis inquietudes, decidí que ahora no iría a sacar el preciado tesoro.

Me acosté, mientras me quedaba dormido imaginaba las riquezas que tendría. Muchas cuerdas de tie-

ras cultivables, casas enormes y pintadas de rojo con amplios ventanales de azul como las que tenían los ricos en las ciudades grandes; animales y barcos veleros. Viajaría en una goleta motorizada de blanco velamen a las Islas Guaitecas en búsqueda del ciprés, ese rubio y alto adolescente de madera que vive desde hace siglos en estas solitarias regiones. Navegaba en el mar dando órdenes. Vinieron a mi mente otros proyectos propios del estado mental en que me encontraba y me dormí profundamente. En mi sueño seguí cavando. Trabajé toda la noche y no encontré nada, ni tampoco vi visión alguna. Sentía temor cuando las nubes escondían a la luna detrás de los árboles; éstos se tornaban negros y los veía avanzar como un ejército hacia mí moviendo sus largos y velludos brazos y sus frondosas cabezas, parecían seres extraterrenales, gigantes que habían descendido de una nave espacial. Luego, cuando el satélite volvía a aparecer, veía las matas de calafates y romerillos con flores diferentes a las que tienen en el día. Reanudaba mi faena. Al amanecer ya estaba cansado. Observaba como los transeúntes miraban con asombro el hoyo que había construído y que había cortado el camino. Avanzaron hacia mí con sus herramientas levantadas para matarme y cuando me iban a descargar el hachazo, lancé un grito y desperté.

Me levanté temprano y fui a investigar el lugar del derrotero. Allí permanecía plantado el palo. Pero había algo nuevo. Los agujeros se habían multiplicado y extendido. "Es un tremendo entierro —pensé—. Mejor este lugarcito lo voy a reservar para cuando llegue la fiesta de "San Juan". Entonces arderá y podré cavar con certeza".

La noche de San Juan me vestí a las doce en punto y fui al lugar a esperar a que ardiera el entierro. De repente vi que una luz alumbraba el sitio y allí empecé a cavar con ímpetu y al mismo tiempo a lla-

mar al diablo para que me diera el tesoro. Mientras cavaba pensaba: "Si saco el entierro voy a convertirme en millonario. Yo, mis hijos, mi mujer y toda mi familia seremos ricos. Quién creyera que un pobre campesino como yo mañana será un futre con reloj, con una larga cadena de plata que me cruzará el chaleco de lado a lado. Tendré un buen terno azul, zapatos nuevos y un sombrero alón. Miré hacia arriba y contemplé en la superficie un hombre que me observaba y al verme me dijo:

—Te doy todo el dinero, siempre que me des tu alma.

Me quedé mudo y no supe qué contestar. De inmediato pensé que el personaje no era otro que el mismo Satanás y empecé a correr. Ebrio de susto llegué a mi casa y apenas hube traspasado el umbral de la puerta, le dije a mi mujer:

—Cantarina, el diablo se me apareció en el lugar donde está el entierro.

—Chacha rande, Güilloi ¿Ahora qué vas a hacer?

—No sé —Tú sabes que si entrego mi alma al diablo sólo perteneceré a él con cuerpo y alma. Pues me llevará en la fecha en que se cumpla el contrato.

—Por Dios, Güilloi, qué condenado eres ¿Por qué lloras si todavía no te ha dicho nada ese hombre? ¡Estás puro lesiando, Oh!

Esa noche, mi mujer puso frente a la cabecera en que dormíamos un Cristo de bronce que tenía guardado en un viejo baúl que había heredado de sus padres y que de vez en cuando lo sacaba para limpiarlo. La imagen parecía ser de oro. Cantarina aseguraba que mientras más limpia era más milagrosa. Esa noche la frotó de nuevo. Los truenos y los relámpagos huyeron como de costumbre. Todo vestigio demoníaco no se percibió por lo menos a varias cuerdas a la redonda.

Con la confianza que daba el crucifijo nos quedamos dormidos. Afuera miles de estrellas como lamparitas colgaban del firmamento y a ratos parecía que alguien las movía. El mar estaba tan quieto que los animales podrían correr solos o en grupos sin hundirse.

Los árboles dormían enhiestos la noche invernal. Los caminos semejabán largas y milenarias sierpes amarillas. Estaban allí petrificadas para levantarse y navegar por los cielos cuando el crucifijo vuelva a llenarse de polvo. Pedazos de neblina aleteaban contra las ventanas. Muy cerca se escuchaba el coro de arroyos y de grillos escondidos con su orquesta bajo los troncos centenarios. Iba descalzo hacia el potrero donde estaban los bueyes, éstos al verme se levantaron y florecieron entre la niebla. Les tomé las astas, los acaricié, luego de contarles mi historia, y de decirles que no tenía otro camino que deshacerme de ellos, pero en cuanto sacara el entierro, nuevamente iría en su búsqueda. No dijeron nada, sólo bajaron la cabeza. Con este dinero compraría el terreno donde estaba el tesoro, pues éste no estaba dentro de mi propiedad.

En Catrinto las casas estaban inmóviles y los hombres parecían gigantes de piedra con grandes ojos y narices alargadas. Cuando le ofrecía la venta de los bueyes, enmudecían y no contestaban. Recorrí las dos calles. Al fin tuve que devolverme con la yunta a mi pueblo. Venía cabizbajo y derrotado. Parece que marchaba hacia un abismo. Al pasar por el lugar del entierro vi al diablo que de nuevo estaba vigilando el tesoro, parecía más alto y al verme lanzó unas bocanadas de fuego que alumbró el lugar. Corrí junto a los vacunos que parecía que trotaban por el aire. El miedo también se había apoderado de ellos. Ante los gritos, mi mujer me movió, despertándome y me preguntó:

—¿Qué estás soñando?

—Soñaba que vendía mis bueyes para comprar el terreno donde está el entierro.

—Estás desvariando —me contestó ésta.

Al otro día con los nervios destrozados y las manos crispadas por el miedo le conté lo que me ocurría a mi primo Juan de Dios quien recién había llegado de la Patagonia Chilena luego de esquilar ovejas en Punta Arenas.

—Mira, Juan de Dios—le dije—encontré un entierro y el lugar está lleno de hoyos pequeños donde ardió y es tan cierto como que el mundo existe.

—Vamos a verlo— me respondió Juan de Dios.

Cuando llegamos le mostré la pequeña superficie de terreno con centenares de agujeros como si en este lugar se hubiese librado la más pequeña de las batallas, o por estos pequeñísimos túneles hubieran escapado miles de seres diminutos hacia otros planetas.

Juan de Dios, luego de mirar los diminutos cráteres, rió y dijo:

—¡Que poco inteligente eres, muchacho! Esos hoyitos son producidos por gusanos que salen del interior de la tierra a comerse el estiércol de los animales, los cuales en la noche se alumbran con minúsculas linternas y desde lejos se ve como si el lugar ardiera.

Sentí calor en la cara, seguramente de vergüenza, y sólo atiné a decir:

—A lo mejor tienes razón, pero no me convenzo. De lo que estoy seguro es que aquí hay un entierro y debo sacarlo, porque es para mí.

Juan de Dios siguió insistiendo:

—No seas tonto, Güilloi. Lo del diablo tampoco es cierto.

Ante lo dicho por Juan de Dios quedé sorprendido: ¿Pero cómo?, me preguntaba en silencio una y otra vez.

Dejamos la pampilla y fuimos camino a nuestras casas y al llegar a ellas cada cual partió hacia la suya.

Cuando entré a mi hogar, pregunté:

—Oye, Cantarina ¿Qué pasa con el diablo? Juan de Dios dice que no existe y que son sólo invenciones más.

—Cierto es—dijo Cantarina—. Dice mi “o que Juan de Dios soñó que tú sacabas un entierro y en su sueño se puso un traje negro y fue a asustarte.

Entonces dije:

—De modo que no era el diablo. Por lo menos he salvado mi alma.

Cantarina respondió:

—Ahora que ya sabes que no existe entierro, diablo, infierno, ni cielo, anda a arreglar el camino antes que bajen las juntas con sus rastras. Sin entierros podemos ser felices. Los pobres sin necesidad de ser ricos a veces también encontramos la felicidad trabajando nuestro propio terruño.

No dije nada. Tomé nuevamente el chuzo y la pala y me encaminé a tapar los hoyos. Cuando terminaba, escuché las voces de los boyerizos que venían bajando a pasos serenos y firmes de la montaña, cantando sabores de tierra, aromas de lluvia y savia de araucarias. Me quedé esperándolos con un temblor viril en el pecho, y cuando asomó en un claro cercano la cuadrilla de compañeros, pensé: «Tiene razón Cantarina, los pobres también podemos ser felices».